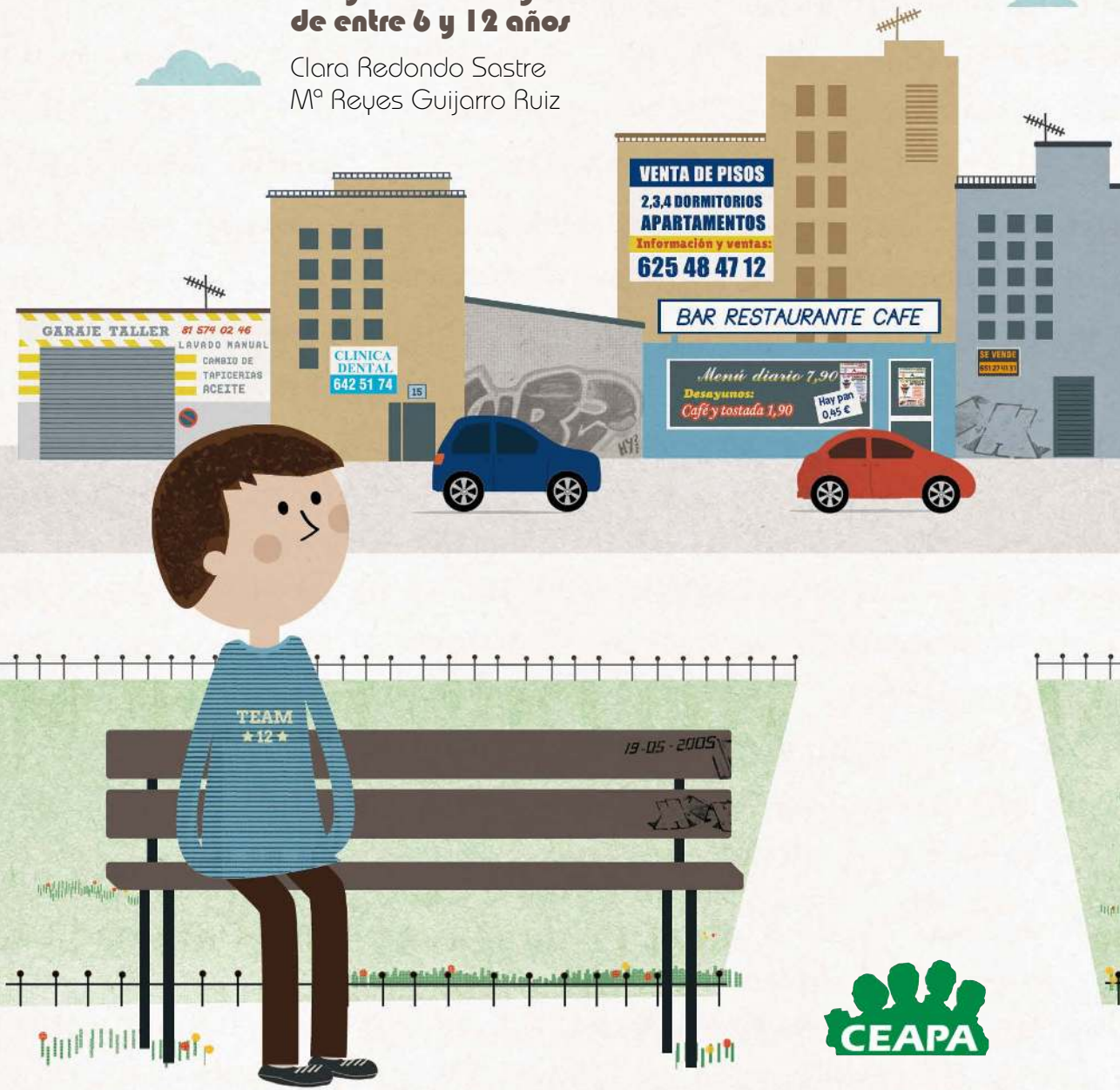
UN DELFÍN SALE DEL SOMBRERO

Cuento sobre niños y niñas con discapacidad

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Clara Redondo Sastre
Mª Reyes Guijarro Ruiz



CEAPA

UN DELFÍN SALE DEL SOMBRERO

Cuento sobre niños y niñas con discapacidad

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Clara Redondo Sastre
Mª Reyes Guijarro Ruiz

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS

Autoría:
Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:
Mª Reyes Guijarro Ruiz

Coordinan:
Jesús Mª Sánchez Herrero
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Diciembre 2013

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Mª Sánchez Herrero, Jesús Salido Navarro, Nuria Buscató Cancho, Eusebio Dorta González, Juan Manuel Jiménez Lacalle, José Pascual Molinero Casinos, Elena González Fernández, Carmen Aguado Cabellos, Nieves Natalia García Pérez, Juan Antonio Vilches Vázquez, José Luis Lupiañez Salanova, Emilia Ruiz Acitores, Mustafá Mohamed Mustafá, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxio Taboada Arribe, José Luis Pazos Jiménez, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Petra Angeles Palacios Cuesta y Ana Moya Díaz.

Índice

Prólogo 5

Un delfín sale del sombrero 13

Prólogo

El objetivo de esta publicación es aportar un instrumento a padres y madres para trabajar con sus hijos e hijas de entre 6 y 12 años los derechos de los niños y niñas con discapacidad.

Los niños aprenden a través del juego, la actividad lúdica es su manera de conocerse y conocer también la realidad que les rodea. El juego les permite interiorizar conceptos, habilidades y valores que les permitirán tener un desarrollo integral y que les serán útiles para manejarse con sus amigos y con ellos mismos.

Los cuentos, la imaginación, es el idioma que más les motiva. Leídos conjuntamente con padres y madres aportan una herra-

mienta divertida y mágica que facilita muchísimo el abordaje de temas de interés con los hijos e hijas dentro de un marco lúdico y relajado y de un marco afectivo que fortalecerá el vínculo con ellos, clave para su desarrollo afectivo y personal.

Por eso, hemos escogido el lenguaje de los cuentos para enseñar a los niños conceptos, actitudes y valores relacionados con la integración y los derechos de los niños y niñas con discapacidad. Como hemos señalado, el cuento es un instrumento ideal para que padres e hijos se unan en torno a una misma actividad, convirtiéndose así en un vehículo excelente para establecer una comunicación cálida y positiva que permita a padres y madres educar en valores.

Un número muy importante de niños y niñas tienen algún tipo de dificultad o discapacidad que les hace presentar unas necesidades educativas especiales para las que requieren diferentes apoyos específicos en los entornos en los que se desenvuelven.

En muchas ocasiones, esta discapacidad o dificultad es motivo de discriminación. Varias veces, estos niños y niñas se encuentran con diferentes obstáculos (físicos, educativos, actitudes intolerantes, etc.) que les impiden desarrollarse plenamente y tener las oportunidades y condiciones de vida adecuadas. Además, en algunas situaciones, también pueden ser víctimas de situaciones de violencia física, psicológica o emocional.

De acuerdo con la Convención sobre los Derechos del Niño, los menores con discapacidad poseen los mismos derechos que cualquier otro niño. Además del derecho a la no discriminación, hemos de señalar que estos niños y niñas deben disfrutar no

sólo de los derechos garantizados por la Convención, sino también de derechos como recibir un tratamiento adecuado (obtener una ayuda especial), derecho a expresar su opinión sobre cualquier medida que les afecte, a ser consultados e informados y tener la oportunidad de participar, etc.

Para garantizar los derechos de los niños y niñas con estas dificultades, es fundamental un cambio de mentalidad y de mirada.

Son niños y niñas como los demás, que juegan, se ríen, se divierten, se pelean, se emocionan o se enfadan. Conocer a estos niños y niñas permite que los entendamos, interpretemos mejor sus conductas y podamos tener un mayor acercamiento que promueva su inclusión.

Para garantizar que los niños y niñas, sea cual sea la naturaleza de sus dificultades, sean realmente comprendidos, apoyados y no discriminados es necesario cambiar las ideas preconcebidas existentes y poner en cuestión lo que oímos sin criterios o sin la información precisa. Lo que pensemos sobre ellos mediará en cómo nos comportemos. Para ello, es necesario que cambiemos nuestra mirada y que la convirtamos en una mirada de acercamiento y apoyo que promueva su integración e inclusión.

Las familias y la escuela somos las que tenemos la responsabilidad de educar a nuestros hijos e hijas a vivir y convivir en el mundo, a enseñarles valores que permitan aceptar, tolerar y valorar la diferencia.

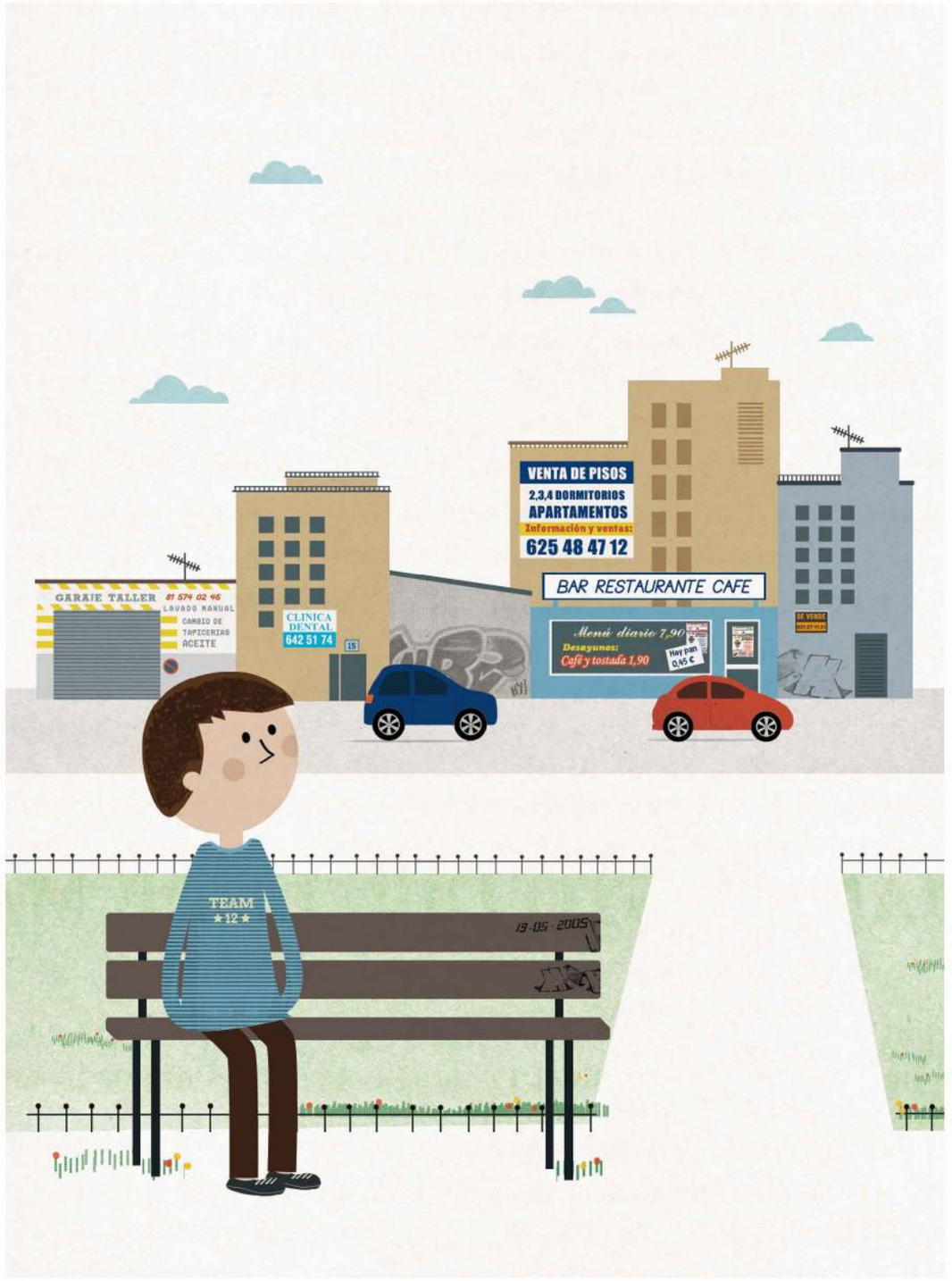
De esta forma, creemos que es fundamental que los padres y madres, como educadores, favorezcan esta nueva mirada y

tomen conciencia de la importancia de la inclusión y no discriminación de los niños y niñas con dificultades.

A través de este cuento, y de los sucesos que vive Andrés, un niño con Síndrome de Asperger, un trastorno severo del desarrollo, pretendemos aportar una mirada diferente de comprensión, acercamiento y apoyo. Con el fin de ayudaros a dialogar sobre estos valores y sobre los derechos de los niños y niñas con discapacidad, os proponemos una serie de preguntas cuya lectura puede serviros de guía en la conversación con vuestros hijos e hijas para favorecer una reflexión conjunta sobre los valores y sus contenidos.

- ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?
- ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando los personajes del cuento?
- ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que ocurre en el cuento?
- ¿Qué valores nuevos ha aprendido en el desenlace del mismo que están vinculados a la integración y derechos de los niños con discapacidad?

Este cuento ha sido escrito por una cuentista de prestigio e ilustrado por una dibujante especializada en infancia. Esperamos que lo disfrutéis y que os sirva para que la educación en valores tome protagonismo en vuestras casas.


VENTA DE PISOS
2,3,4 DORMITORIOS
APARTAMENTOS
Información y ventas:
625 48 47 12
BAR RESTAURANTE CAFE
Menú diario 7,90
Desayunes:
Café y tostada 1,90
Hay pan 0,45 €
GARAJE TALLER 81 574 02 46
LAVADO MANUAL
CAMBIO DE
TAPICERIAS
ACEITE
CLINICA DENTAL
642 51 74
15
SE VENDE
TEAM
★12★
19-05-2005

Lo tengo decidido. Si dentro de 3 minutos y 30 segundos no llega Lola, me levanto de este banco y me voy del parque. Son las 5 y 23 de la tarde. No me gusta que me hagan esperar. No me gusta. Me siento observado por las personas. Y eso no me gusta. Menos mal que tengo el móvil. Voy a fingir que estoy hablando por teléfono. Esto lo hago a veces, cuando no quiero que nadie se acerque a mí. Voy a hablar por ejemplo con mi tía Chon, que vive en Noruega (con su novio de piel blanquísima). Mi madre (su hermana) la llama por teléfono 2 veces por semana, martes y domingos a las 7 de la tarde. Y hablan durante 15 minutos o más. Me gusta cronometrar el tiempo que dura la conversación. Según ella, la llamamos tantas veces para que no se sienta sola en Noruega. He buscado este país en el atlas y dice que hay un sol que casi no alumbra y a las 4 de la tarde ya es de noche. Y su capital es Oslo. Mi madre se queja de que no vienen nunca a visitarnos. Yo le digo que es lógico, con esa piel tan blanca que tiene el novio, es peligroso que le dé el sol, se puede poner muy rojo y por las noches las pasaría canutas. Ella me dice que son excusas.

Lola me ha pedido que la ayude. Que quiere contarme algo.

No sé en qué la puedo ayudar yo. Conozco a Lola desde que éramos pequeños, hace técnicamente 11 años y 3 meses, porque a los 9 meses de haber nacido nos llevaron a los dos a la escuela infantil. Y nos metieron a los dos en el mismo colegio. Ahora compartimos clase en el instituto. Pero no somos amigos lo que se dice amigos. Ella sí que tiene dos amigas íntimas, Iris Gascón y Pati Cábanos, que viene de Patricia. Íntimas quiere decir que se cuentan secretos que no comparten con nadie más. En el recreo se juntan las 3 y dan 7 vueltas al patio, siempre en el mismo sentido, en el de las agujas del reloj. ¿A qué se dedican en ese trayecto? Uno: a veces hablan. Dos: no dejan de mirar su móvil y de mandar guasaps. Tres: a veces se empujan y se ríen, como si se estuvieran pasando una boñiga de mano en mano.

Si yo quisiera, también podría ser amigo de Lola, pero no me interesa. Lo primero porque no soy una chica. Y lo segundo porque prefiero ir solo sin tener que dar 7 vueltas al patio ni

hablar ni mandar todo el rato guasaps ni hacer nada de lo que hacen.

Por ahí viene. Ha llegado a tiempo por un minuto y 20 segundos.

—¡Hola, Andrés!

—Hola.



Lola sabe que no me gusta que la gente se me acerque a más de un metro y medio, así que se sienta en la otra esquina del banco. Estoy bien cuando está ella. La miro, pero ella no me mira. Da una patada a una piedra que había a sus pies. Está 10 segundos sin decir nada y de repente empieza a mover mucho las manos.

—¡Iris es tonta! ¡Rematadamente tonta! La muy tonta no es capaz de decir que no a nada ni a nadie. ¡Es que es tonta! A todo dice que sí. Que sí a todo. Estoy harta de estar pendiente de ella. ¡No se puede ser más tonta!

Habla a toda velocidad, y me recuerda a un cómic de Mortadelo y Filemón en el que Mortadelo se transforma en una taladradora que no para de hacer agujeros en el suelo, ta-ta-ta-ta-ta, porque huye de unos que lo quieren aplastar y dejarlo planchado como una pegatina. Lola habla a toda velocidad. Y ha repetido la palabra tonta 5 veces, lo que significa que, o bien no se ha dado cuenta de que lo estaba repitiendo todo el rato, o bien piensa que yo también soy tonto y que no me

entero a la primera. No me gusta esa palabra, porque siempre me han dicho que a los amigos no se los insulta, y la palabra tonta es un insulto. Pero no se lo digo.

—Qué. ¿No me vas a preguntar nada?

—No.

—¿De verdad no me vas a preguntar nada?

—¿Qué quieres que te pregunte?

—No sé, algo. Que por qué estoy enfadada.

—Vale. ¿Por qué estás enfadada?

—Ay, dios, es que todo hay que explicártelo. Pues ya te lo he dicho, Andrés. Mi mejor amiga es carne de cañón. Todo el mundo se aprovecha de ella porque a todo dice que sí.

Es la primera vez que escucho eso de «ser carne de cañón». Está claro que significa algo, que no tiene nada que ver con la carne y con un cañón, y que está relacionado con Iris Gascón. Son las típicas palabras que juntas significan algo muy distinto a lo que significa cada una por separado. A todo el mundo le da por utilizarlas. Hay gato encerrado, te pongo la miel en los labios y cosas así. Pero yo no comprendo lo que quiere decir esta en particular, así que se lo pregunto a Lola.

—A ver, carne de cañón significa que tiene todas las papeletas para que le pase algo malo —me dice, flexiona las piernas y las sube encima del banco formando un triángulo isósceles.

Más o menos lo he entendido. Lola se quita de la muñeca una pulserita de esas de cuentas de colores y empieza a toquetearla con el dedo pulgar y el índice. Parece que ha terminado la conversación porque ya no habla, es como si yo no estuviera allí. Pero no se levanta ni se va, que sería lo normal si no tienes nada más que decir. Así que antes de que se levante y se vaya, le pregunto que para qué me necesita. Se lo pregunto

porque tengo curiosidad por saberlo. Y entonces me lo cuenta todo del tirón. Bueno, del tirón no. Lola sabe que me tiene que hablar poco a poco, para que no me aturulle y lo entienda bien.

—Ya sabes que soy muy amiga de Iris, ¿verdad?

Le contesto que sí.

—Bueno, y ya sabes que Iris dibuja muy bien, le gusta hacer graffiti.

Le digo que no, que no lo sabía.

—Pues ya lo sabes. Ella va a pintar en muros deshabitados y por ahí. Con el permiso de sus padres, claro. Es buena, y le gusta mogollón. Pero suele ir con Franco, que me he enterado de que, además de ir a los sitios a los que va Iris, pinta en paredes prohibidas y nunca pide permiso a sus padres. ¿Me sigues?

Le contesto que sí. De momento, sí. Aunque tengo un poco de lío, porque no soy experto en los graffiti y no sé qué problema puede haber en que se pinte en paredes que ya están sucias.

—Mierda, es que no la puedo dejar sola. Bueno, te lo voy a contar despacio para que me entiendas, ¿vale?

—Vale —le digo.

—Llevan varios días muy raros los dos. Todo el rato cuchicheando. Hace un par de semanas escuché cómo Franco le decía que había tenido un sueño. Agárrate: llenar las paredes del colegio con graffiti. Le dijo: "A que sería increíble, Iris". Ella, que lo miraba con cara de pánfila, le dijo que sí, claro, es que no es capaz de pronunciar otra palabra. Aghhh, qué rabia.

—Estás hablando muy rápido —le digo, porque se me están acumulando los datos.

—Perdona. Es que no puedo resistir que no sea capaz de cuidarse por sí sola. Me preocupo por ella y a ella le da lo

mismo. Luego siguieron cuchicheando a mis espaldas, seguro que ya empezaron a planearlo. ¿Te imaginas la que le va a caer si hacen eso?

Le digo que no me lo puedo imaginar. Y le pregunto si eso está prohibido.

—Pues claro que está prohibido, hombre. Y yo no quiero que se meta en líos. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Daniela?

Sí me acordaba. Según dicen, Daniela Araújo estaba muy enamorada de Roberto Antúnez y, un día, pintó en el suelo del patio un gran corazón con una flecha roja que lo atravesaba. Todos vimos cómo lo hacía. En una punta escribió su nombre, y en la otra punta, el de Roberto. Esto lo llaman un símbolo, y quiere decir que ese corazón significa amor. Está claro que lo pintó porque quería decirle a todo el mundo que estaba enamorada de Roberto Antúnez, porque si no, se lo habría dibujado en un papel y se lo hubiera dado a él directamente. Pero esto no le gustó a la directora.

—Acuérdate —me dice Lola—. La expulsaron dos días. Por dibujar un simple corazón la expulsaron dos días. No quiero ni pensar en lo que le va a pasar a Iris cuando pinte todo el colegio. ¡Qué agobio! ¿Me entiendes?

La verdad es que no entiendo muy bien. ¿Por qué se preocupa tanto por su amiga? Ella sabrá lo que tiene que hacer. Yo sí sé lo que es agobiarse. Me pasa bastantes veces. En lugares con mucha gente, por ejemplo en el metro. O cuando me tocan. O si alguien me habla muy alto. En estos 3 momentos, casi siempre me agobio, que es ponerse muy muy nervioso. Aunque, cuando me pasa esto, me han enseñado varias técnicas que me ayudan a relajarme. Una es que tengo que contar hasta 60, del 1 al 60 y del 60 al 1. Otra es sumar las matrículas de los coches y agrupar el resultado en pares o impares. Por ejemplo, 5022 BDL es impar (5+2+2=9). 4633 PXD es par (4+6+3+3=16). Y así todo el rato, hasta que hay por ejemplo 7 matrículas par y otras 7 impar. De esta forma consigo tranquilizarme. Tengo otras técnicas también. Como concentrarme en una cosa que me rodea e imaginarme que la pinto de otro color con un

pincel enorme. Si estoy al aire libre y hay nubes, me siento más tranquilo, porque las miro y escojo una e imagino que la moldeo con las manos y la convierto en lo que yo quiero. No me hace falta tener los ojos abiertos, los cierro y ya está.

Pero nunca me he agobiado por que a otro le pudiera pasar algo malo. Eso no lo entiendo. Aunque a ella no se lo digo.

—Bueno, y aquí es donde entras tú, Andrés.

Le pregunto que dónde tengo que entrar.

—Pues en la investigación. Aunque a ti te dé igual, tú para mí eres un buen amigo. Confío en ti, ¿sabes?

Me gusta esto que dice. Es bueno que alguien confíe en ti, según dicen mis padres. Y ellos me han dicho que yo soy bueno en eso. La gente confía en mí porque no miento ni engaño. Y que esa es una característica de mi persona. Entonces, mis padres tienen razón. Lola confía en mí. Pero no creo que tenga que decírselo; ella ya lo sabe porque me lo ha dicho.

—Quiero que la sigas esta tarde. Según les escuché decir, el viernes darán la sorpresa. Dios, no puedo soportarlo. ¡Hoy es jueves!, ¡y mañana viernes! ¿Entiendes?

Le digo que sí lo entiendo. Y le pregunto por qué no va ella, si es amiga de Iris Gascón y le importa tanto lo que le ocurra.

—Es que no te he dicho que tengo que ir al dentista. Y eso es sagrado en mi familia. ¿Irás, verdad? Dime que sí, dime que sí…

Esto me hace gracia, aunque no me sonrío. Tanto rollo con que Iris Gascón dice a todo dice que sí, y eso es lo que quiere que yo diga. Pienso en la palabra no, y en la palabra sí. Las dos son adverbios, uno de negación y otro afirmativo. Dos palabras de dos letras y significan todo lo contrario. Porque no hay nada más contrario que un no y un sí.

—Dime que sí, por favor.

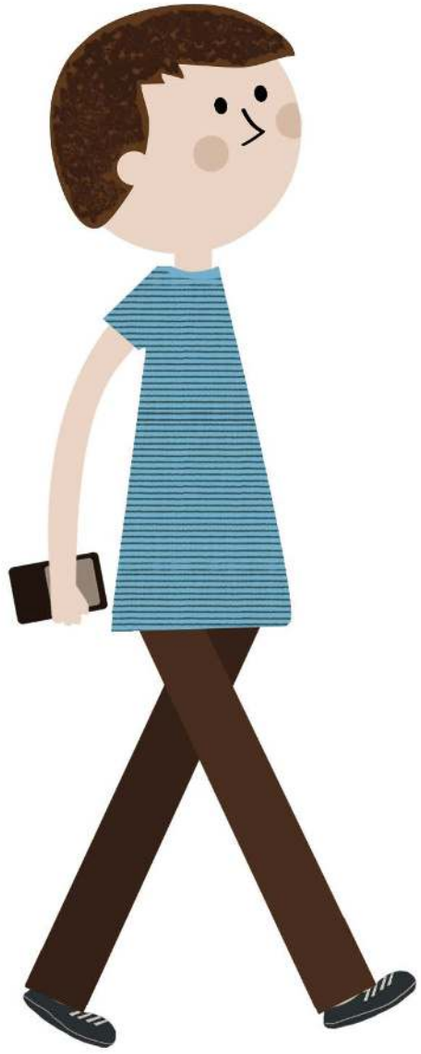
Le digo que sí, y ella me da las instrucciones muy despacio, para que yo me entere. Primero tengo que ir a su casa y esperarla

en la puerta hasta que salga. A escondidas, claro, para que no me vea. Segundo: la sigo hasta donde vaya y no la pierdo de vista. Tercero: tendré el móvil a mano (en silencio, esto me lo repite varias veces, que lo ponga en silencio) para que me pueda localizar. Yo le diré dónde estoy y nos encontraremos en ese lugar. Me pregunta si lo he entendido. Le digo que sí, pero no le digo que no me parece bien que espíe a su amiga, ni que se preocupe tanto por ella. Ella sabrá lo que hace y dónde se quiere meter. Esto no se lo digo.

—Bueno, pues nada más. Adiós y suerte.

Se ha despedido de mí como si fuera una espía que tiene que decir las palabras justas para que el enemigo no sospeche. A partir de ahora, YO soy el espía. Y tengo que hacerlo lo mejor posible, para que Lola siga confiando en mí.

* * *



Son las 6 y 54 de la tarde y estoy observando el portal de Iris Gascón, por si sale. Había pensado coger un cuaderno para apuntar todo lo que va pasando y luego enseñárselo a Lola, pero no voy a tener manos para todo, así que se me ha ocurrido una idea: hacer fotos con mi móvil. Tengo que: seguir a Iris Gascón, ver lo que hace sin que me vea, y esperar a que Lola me llame para decirle dónde estoy. Y menos mal que la calle está desierta y no hay nadie que me pueda molestar. Aunque me palpita mucho el corazón. Me pongo los dedos índice y corazón

en la muñeca y tengo 194 pulsaciones. Miro al cielo, pero no hay nubes. Ya está anocheciendo. En la calle hay 14 coches aparcados. 1 negro, 9 blancos y 4 rojos. Como mis pulsaciones.

Por fin sale. Me da miedo seguirla por detrás, así hacen los espías en las películas, que normalmente son los malos. Se me ha acelerado otra vez el corazón. Pero pienso que es un favor que le estoy haciendo a Lola. Ella confía en mí, y yo no puedo defraudarla.

Empieza la persecución. Son las 7 y 15 minutos de la tarde. Lleva a la espalda una mochila y va vestida con un chándal de color rojo y unas zapatillas de deporte.

Después de recorrer varias calles, se para en un semáforo. Mientras espera a que se ponga en verde, hago dos cosas. Una, dibujar desde el cielo con una línea imaginaria el trayecto que hemos seguido hasta ahora: de frente, giro a la izquierda, recto y giro a la derecha, recto y giro a la izquierda, recto y a la derecha, y recto: es el dibujo de una escalera que sube. Y dos, hacerle una foto para que se vea que lleva una mochila

cargada de no sé qué. Me hubiera gustado contar los coches que pasan, eso lo hago cuando me paro en un semáforo, pero es imposible, ya no puedo hacer más cosas a la vez.

«Chico, ¿me puedes decir la hora?». Qué susto me ha dado este señor. Me lo ha preguntado justo cuando me estaba guardando el móvil en el bolsillo. Por qué ha tenido que preguntarme a mí, si hay más personas en la calle. ¿Sabrá que estoy espiando a Iris Gascón? No, no puede ser, no lo conozco de nada. No tengo ganas de responderle, pero sí tengo hora, y le digo que son las 7 y 25, y sigo andando rápido porque ya se ha puesto en verde el semáforo. Tengo el corazón a tope. No sé si es buena idea esto de ser espía.

Seguimos andando y ella ha mirado hacia atrás. Seguro que ha notado el flash. Me estoy empezando a poner nervioso. Creo que no me ha visto, menos mal que me he escondido detrás de este árbol. El señor del reloj se me ha quedado mirando como un sapo. Qué mira, señor, ¿es que no ha visto nunca a un chico? Esto no se lo digo, porque lo que quiero es que me deje en paz.

Sigue andando y va directa al instituto. A estas horas el instituto está cerrado porque han acabado las clases. Parece que Lola tenía razón. Algo raro está pasando. Pienso en la directora. Y en Daniela Araújo y en Roberto Antúnez. La directora es muy seria. Siempre lleva en la mano un manojo de llaves que le cuelga del pantalón; no usa faldas, solo pantalones. Se llama doña Berta, y va siempre



a toda velocidad por los pasillos. Parece que tiene prisa por llegar a no sé dónde. Lola dice que «esa señora» le da miedo. A mí no, pero si eso que va a hacer Iris Gascón está prohibido, le va a caer un castigo de los grandes. Y los castigos no son buenos.

Ya está: ahí están los dos, Iris Gascón y Franco Solfa. Se saludan con la mano y se enseñan lo que llevan en las mochilas, pero no distingo nada, estoy demasiado lejos. Es verdad que han quedado en el instituto. Esto se pone feo. Voy a hacer una foto para que Lola lo vea, pero me tengo que acercar un poco más.

—¡Eh! ¡Qué haces tú aquí, Andrés?

Mierda, me ha pillado. Qué le digo. Cuenta hasta 60 y relájate, Andrés, me digo. Venga, 1, 2, 3… 59 y 60. No puedo traicionar a Lola. Me ha encargado este trabajo y se lo tengo que hacer. No puede enterarse de por qué estoy aquí, pero me lo está preguntando. ¿Qué hago?

—¡Eeeeeooo! Que qué haces aquí, Andrés. ¿Me estabas haciendo una foto con el móvil?

—Sí. Te estaba haciendo una foto.

Mierda, no se lo tenía que haber dicho.

—¿Y por qué?

No tengo más remedio que contarle la verdad. Toda la verdad del tirón. Ahí va.

—Lola dice que eres tonta y que está preocupada por ti porque cree que vas a hacer algo malo hoy en el instituto. Dice que no sabes decir que no a nadie. Me ha pedido que te siga.



—¿Sabes qué? Pues que le digas a Lola de mi parte que sé cuidarme sola.

Y en cuestión de 3 minutos ocurre lo siguiente: Iris Gascón y Franco Solfa se van para el instituto. Llegan a la puerta y llaman al timbre. Alguien les abre desde dentro, entran y cierran la puerta detrás de ellos. Me tengo que sentar en un banco porque estoy aturdido con tantas cosas que están pasando. Desde el banco, veo que llega doña Berta con esa forma de andar que parece Groucho Marx. Lleva su mogollón de llaves en la mano. Vuelvo a contar del 60 al 1, porque no entiendo nada. Siento el teléfono que me vibra en el bolsillo del pantalón. Es Lola. Que dónde estoy. En el instituto. Me pregunta si estoy bien. Le digo que no, que el corazón me palpita por lo menos a 200 por hora. Voy para allá, me dice.

Estoy mareado. Cierro los ojos. Se me ha quedado grabada la figura de la directora. En mi mente es como un gigante, ocupa todo el espacio negro de mis ojos cerrados, y con un pincel imaginario le doy de brochazos por el pantalón (que pinto de verde), la camisa (que pinto de negro), le pongo un sombrero (del que sale un delfín). Esto lo hago porque necesito relajarme. Mis pulsaciones deben de estar ahora en 170; mejor, mucho mejor. Abro los ojos. Ya estoy más tranquilo. Por ahí viene Lola.

—Hola, Andrés. Qué, qué has averiguado. ¿Iris ha venido con Franco, verdad?

Le contesto que no. Que se han encontrado en la puerta. Y le enseño las fotos.

—Lo sabía, es que lo sabía. La que se va a liar.

Le digo que tenía razón. Que han entrado al instituto y que detrás ha venido doña Berta. No le he dicho lo del pantalón verde, la blusa, el sombrero y el delfín. Quiero darle toda la información, pero no puedo: se lleva las manos a la cabeza y dice que ya no aguanta más, que se va a casa, que no puede estar todo el día protegiéndola. Y también, que le duele la muela que le han empastado.

—Joer, Andrés, la que se va a liar. Venga, vámonos. Aquí ya no podemos hacer nada.

Ya es de noche, y mis padres estarán esperándome. Yo también quiero irme. Tengo hambre. Ojalá me hayan preparado unos canelones, mi comida favorita. Aunque la probabilidad es mínima, porque antes de ayer hubo canelones, y me los preparan una vez cada ciertos días. Como no hay una regla fija, cada 2 días o así pienso que puede haber canelones para cenar. Hoy me conformo con llegar a mi casa, cenar y meterme en mi habitación para no hablar con nadie. Hoy he hablado demasiado.

* * *

Viernes por la mañana. Son las 8 y 21 cuando Lola y yo llegamos al instituto. Ayer me pidió que viniéramos juntos, que no quería ver sola el desastre. Hay un montón de gente fuera. En un recuento rápido, calculo que hay 86 personas. Más nosotros dos, 88. Demasiadas personas juntas.

—¿Qué narices pasa? —dice, y se empieza a morder la uñas, primero un dedo y luego el otro—. Te lo dije. Este es el fin de Iris.

Quiero decirle lo que me dijo Iris Gascón ayer, pero no me atrevo.

—Venga, vamos a ver lo que pasa.

—No, yo me quedo aquí.

—Entonces yo me quedo contigo. He dormido fatal. Toda la noche pensando en lo que podía ocurrir hoy. No veo a Iris. Ni a Franco. Está claro. Seguro que ya los han expulsado. Te lo dije. Pero no entiendo qué hacemos todos aquí. Seguro que están intentando limpiar las paredes.

Yo no digo nada porque no sé qué ha podido pasar. Ayer no le dije lo que me había dicho Iris Gascón.

—Iris Gascón me dio un mensaje ayer para ti.

—¡No quiero saber nada de ella!

Parece que abren las puertas. Todos nos quedamos en silencio. Solo se escucha un pajarito que no se calla.

—¡Atención, chicos! Hay algo que quiero contaros. —Aparece doña Berta con su manojo de llaves en la mano y lo hace sonar—. Tengo el placer de enseñaros una obra de arte que han preparado dos distinguidos alumnos de este instituto.



—¡¿Qué?! —Lola me mira con cara de sapo.

—Estos distinguidos alumnos son Iris Gascón y Franco Solfa. Aquí los tenéis. —Aparecen los dos por la puerta y se quedan ahí quietos—. Me pidieron permiso para mostrarnos su obra, y aquí tenéis el resultado. Han estado toda la noche trabajando. Os dejo 20 minutos para que admiréis lo que han pintado en el pasillo central. ¡Muy importante! No se puede tocar, porque la pintura todavía está fresca. Y después cada uno a su clase.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer, no me lo puedo creer. Qué narices ha pasado…

Lola se me acerca a más de un metro y medio. No quiero estar con ella ahora. Me voy para adentro. Pero ella viene detrás de mí. Iris Gascón está en la puerta, muy, muy sonriente. Cuando llegamos a su lado, le dice a Lola:

—Esto te lo dedico, Lola. Por ser buena amiga mía. Pero no te preocupes más por mí, no es necesario.

—Pero, pero… —A Lola no le salen las palabras—. ¿Me vas a hacer el favor de contarme cómo lo has hecho?

—NO. NO te lo voy a contar.

Cuando escucho la respuesta de Iris Gascón me entran ganas de reír. El «no» lo ha pronunciado muy clarito. Pero no me sonrío. Lo siguiente que ocurre es que Iris Gascón le da un beso en la mejilla a Lola. Yo entro en el instituto. Huele a pintura dulce que se me mete por la nariz hasta el cerebro. Lola va todo el rato a mi lado (ahora sí mantiene mi distancia de seguridad), callada. El pasillo central no es muy largo, y está lleno de dibujos: un niño encima de una pelota azul gigante como mirándose el ombligo. Un tablero de ajedrez en perspectiva y dos reinas enfrentadas, pero la reina blanca está en la casilla negra y la negra en la blanca (esto no lo entiendo). El gato de Alicia en el país de las maravillas subido a una farola. Y más. Hay más. Pero yo ya no quiero seguir aquí, me quiero ir ya a clase. Miro a Lola. Está como parada. Pienso que se habrá dado cuenta de que las personas no son exactamente lo que aparentan ser. Pienso que dejará de estar preocupada por Iris

Gascón. Pienso que ella ha confiado en mí, y eso me gusta. Se me viene Mortadelo otra vez a la cabeza. Se ha disfrazado de ratón y lo ha espachurrado un elefante. Y me vuelven a dar ganas de reír. Esto me recuerda que hay mayor probabilidad de que esta noche haya canelones para cenar.

UN DELFÍN SALE DEL SOMBRERO

Cuento sobre niños y niñas con discapacidad

A través de la lectura compartida del cuento, esta publicación ofrece a padres y madres una herramienta lúdica y afectiva para fomentar el diálogo y la reflexión con sus hijos e hijas de 6 a 12 años sobre conceptos y valores relacionados con los derechos de los niños y niñas con discapacidad, con su integración, inclusión y no discriminación.

Con este cuento, y los sucesos que viven sus personajes, pretendemos aportar una mirada diferente de comprensión, acercamiento y apoyo, no condicionada por los estereotipos, que permita garantizar los derechos de los niños y niñas con discapacidad.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD

POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

CEAPA

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS
Puerta del Sol, 4 ❙ 6º A ❙ 28013 MADRID ❙ Teléfono 91 701 47 10 ❙ Fax 91 521 73 92
Email: ceapa@ceapa.es ❙ **www.ceapa.es**